

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 51.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES CROCHETS, ETC
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs.... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs.... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS

DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.

HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.

MEJICO, Mr. Isidoro Devaux

BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Sombrero de Mme. Aubert.—Cenefa de cortina.—Salpicado sobre red.—Fondo de red.—Cogin ó asiento de sillas.—Chaqueta sin mangas.—Velo de butaca.—Centro de un tapetillo de lámpara.—Cuadro de frivolité.—Grabado de modas.—Canastilla de labor.—Jardínera de junco.—Dibujo de tapicería ó cogin.
Luciana: cuento.—El sol y la nubecilla.—El suicidio: una lección á los locos.—Quiero darte mas.—Figurín iluminado.—Problemas de ajedrez.—Advertencias.

SOMBREROS DE Mme. AUBERT.

N.º 1.—Sombrero de terciopelo azul, con diadema de terciopelo negro; por detrás se encuentra un torcete de cinta de terciopelo negro, y otra cinta igual azul, orlada con un encage negro; una de las bridas es negra, la otra azul; ámbas se cruzan por debajo de la barba y se sujetan con un lazo azul y negro;



SOMBRERO N.º 2.

un lazo lo mismo debajo de la castaña; pendientes de azabache adornan la diadema, orlada de terciopelo azul.

N.º 2.—Sombrero de terciopelo verde, con diadema de follage del mismo terciopelo; sobre las bandas de terciopelo que sirven de bridas, hojas de raso verde; por detrás velillo de encage negro.

N.º 3.—Sombrero de terciopelo blanco, con sesgos de raso blanco; velillo y bridas muy anchas de tul blanco adorna-

das como el sombrero; racimos verdes de uvas con follage cubierto de polvos de cristal.

Geneva de cortina.

Este dibujo se ejecuta sobre red; los cuadros mates blancos se hacen á punto de zurcido; los cuadros rayados á punto de tela; no hay inconveniente en que el dibujo entero se ejecute á punto de zurcido, con algodón de zurcir.

Salpicado sobre red.

Esta labor servirá para cósias, cortinas pequeñas, etc. Se le puede tambien ejecutar con algodón grueso.



SOMBRERO N.º 1.



SOMBRERO N. 3.

so ó bien con lana, para cubre-piés. Se arma el número de puntos necesario.

1.^a vuelta.—* Un punto en cada uno de los 4 primeros puntos,—6 en el aire en el 5.^o.—Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

2.^a vuelta.—Un punto en cada uno de los 4 primeros de la vuelta anterior; los 3 primeros de los seis hechos en el 5.^o punto se reúnen en uno solo, luego en el último de estos 3 se hacen 2 nudos;—los otros 3 se reúnen, y en el último se hacen 2 nudos.

3.^a vuelta.—Un punto en cada punto,—los 6 pun-

tos reunidos en uno solo.—Así sucesivamente; los lunares se ejecutan á la aguja, con arreglo á las indicaciones del dibujo.

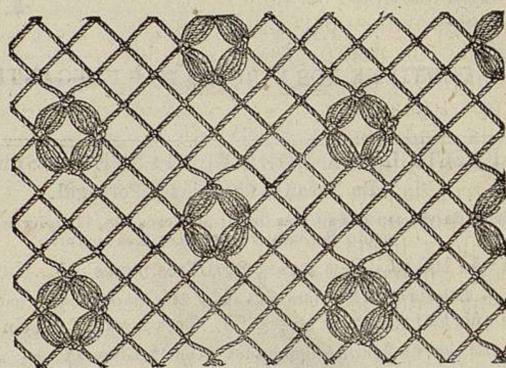
Fondo de red con lunares al crochet.

Este fondo de red servirá para los mismos usos que el dibujo anterior. Se le hace sobre un molde de un centimetro de circunferencia. Los lunares se hacen por separado al crochet; para cada lunar, se ejecuta una cadeneta de 10 puntos, el último de los

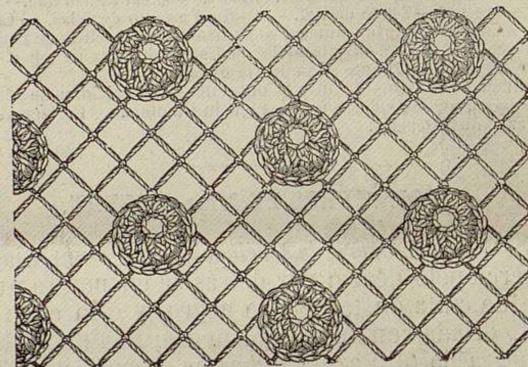
cuales se reúne con el primero; un punto sencillo en cada uno de los 2 puntos siguientes,—una media brida,—una brida en el tercer punto,—2 bridas en el 4.^o.—una doble brida en el 5.^o.—2 dobles bridas en el 6.^o.—una doble brida en el 7.^o.—2 bridas en el 8.^o.—una brida,—una media brida en el 9.^o.—un punto sencillo en el 10.^o

Cogin, escabel ó asiento de silla aplicacion de paño sobre paño.

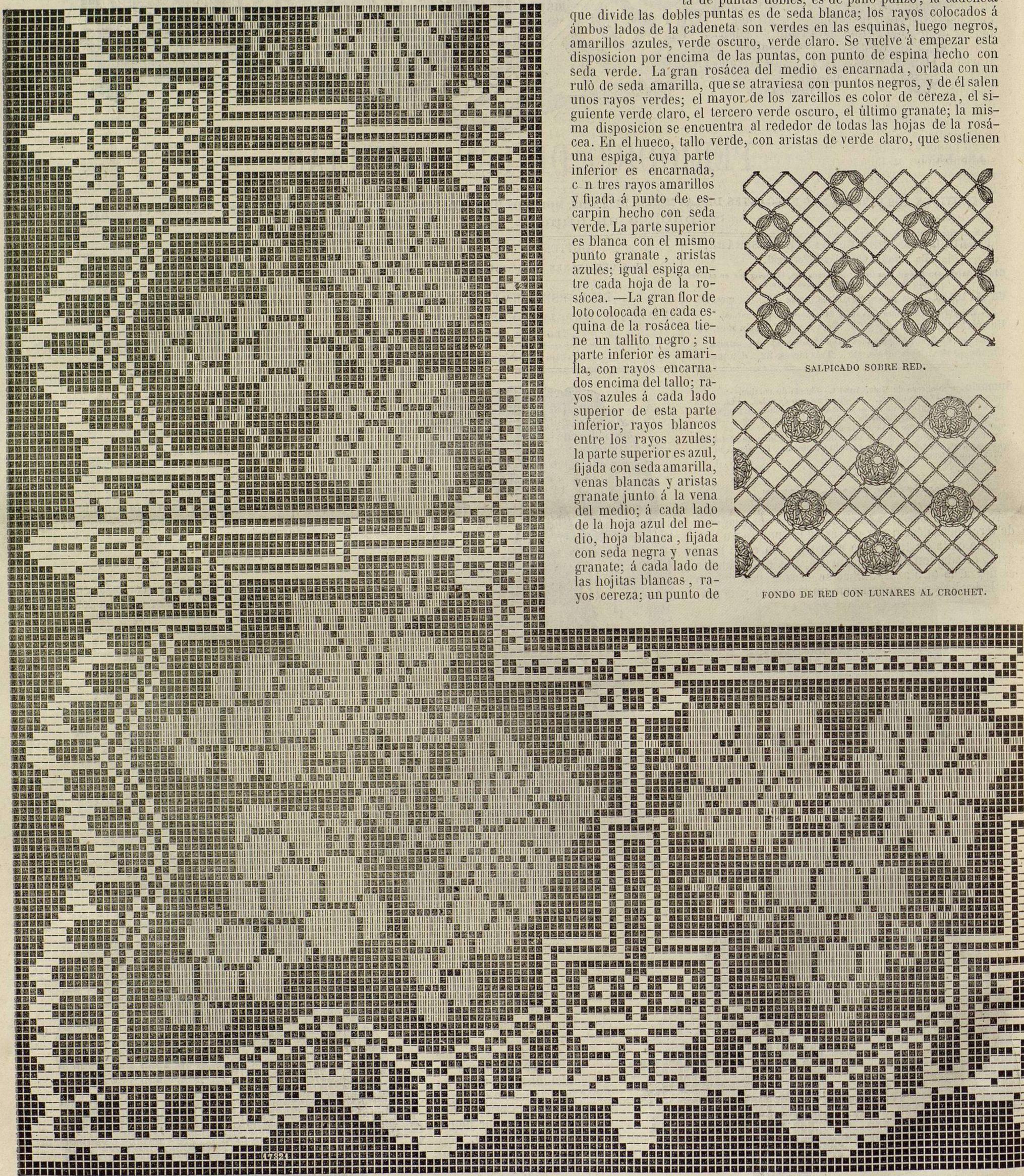
El fondo es de paño gris-feltro; la orla, compuesta de puntas dobles, es de paño punzó; la cadeneta que divide las dobles puntas es de seda blanca; los rayos colocados á ámbos lados de la cadeneta son verdes en las esquinas, luego negros, amarillos azules, verde oscuro, verde claro. Se vuelve á empezar esta disposicion por encima de las puntas, con punto de espina hecho con seda verde. La gran rosácea del medio es encarnada, orlada con un rulò de seda amarilla, que se atraviesa con puntos negros, y de él salen unos rayos verdes; el mayor de los zarcillos es color de cereza, el siguiente verde claro, el tercero verde oscuro, el último granate; la misma disposicion se encuentra al rededor de todas las hojas de la rosácea. En el hueco, tallo verde, con aristas de verde claro, que sostienen



SALPICADO SOBRE RED.



FONDO DE RED CON LUNARES AL CROCHET.



cadena cereza con rayos verdes corre sobre la gran flor de loto; el penacho es verde con zarcillos granate. La flor pequeña de loto, que alterna con la grande, tiene un tallo negro, un círculo amarillo fijado con negro, punto negro en el centro, rayos alternativamente azules y blancos; la parte superior es verde, fijada con granate; sus venas negras, los puntos de nudillos cereza.

Parte interior de la rosácea. — En el centro gran círculo blanco, fijado con verde claro; en el medio del gran círculo, otro pequeño verde, fijado con cereza, nudo negro y cuatro nudos blancos; rayos grandes, azules, rayos pequeños amarillos; al rededor del círculo grande costura cruzada amarilla; luego círculo negro á punto de cadeneta; de este círculo parten las ocho espigas que ocupan las ocho hojas de la rosácea. Una de estas espigas, con tallo granate y aristas blancas, tiene su mitad inferior verde, fijada con granate y los rayos negros; encima tira amarilla, fijada con negro y nudos blancos; la parte superior es azul, fijada con blanco, vena amarilla orlada con nudos negros, luego nudos amarillos. La espiga siguiente tiene un tallo negro con aristas azules; parte inferior azul fijada con negro, rayos y nudos amarillos; encima tira amarilla, fijada con blanco, nudos negros; la parte superior es verde, fijada con amarillo, vena y dos a-

Se principia por este mismo borde inferior con lana negra, y se arman sobre agujas bastante finas 170 puntos, sobre los cuales se hace la labor algo apretada. Se ejecutan de ida y vuelta 24 vueltas del modo siguiente: el primer punto levantado (sin hacerse), luego alternativamente un echado un punto levantado, como si se le quisiese hacer al revés, — un punto al derecho. En la vuelta siguiente, el pun-

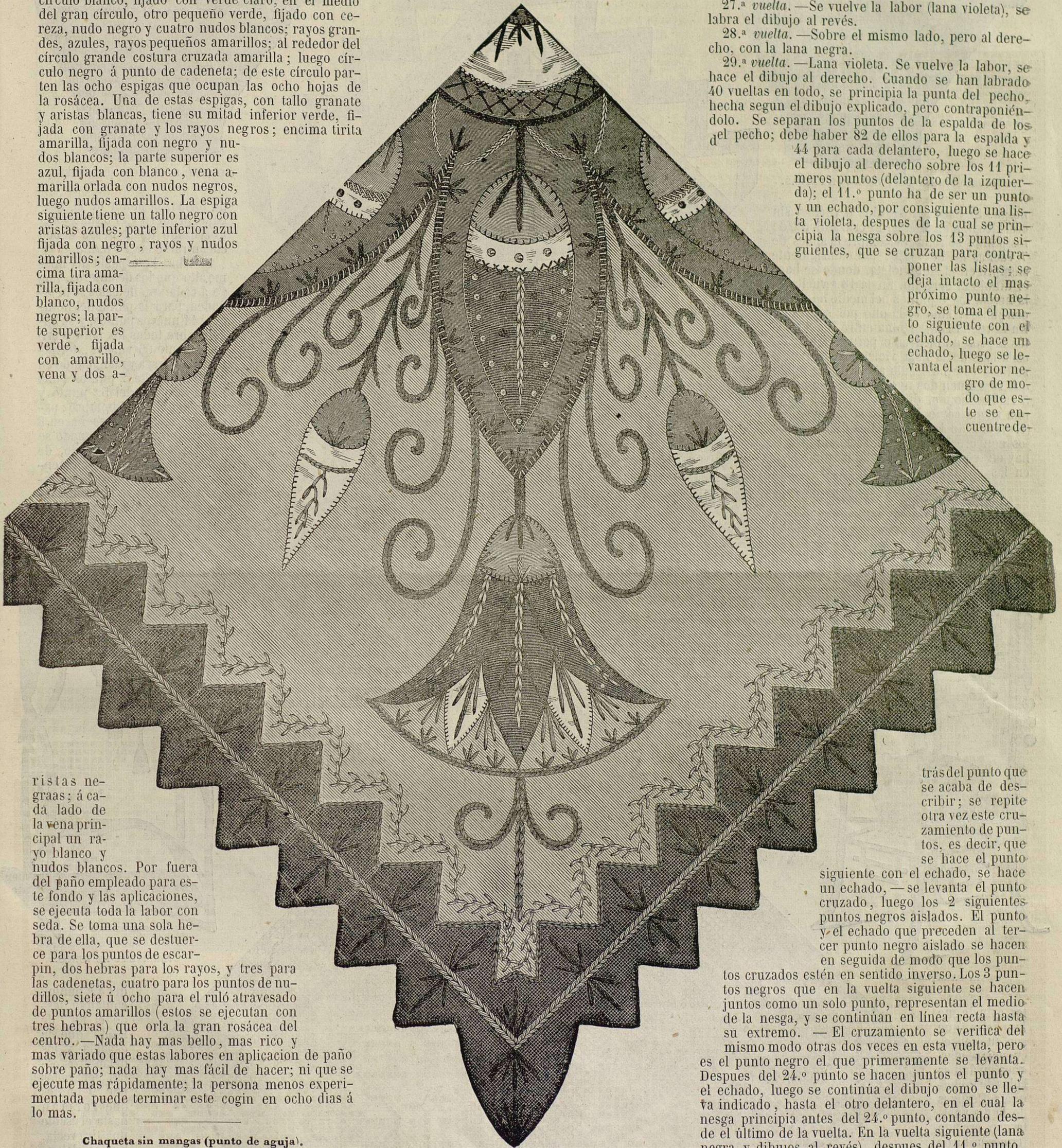
vamente 1 vuelta negra, — 1 vuelta violeta; pero como las hebras no se cortan al fin de cada vuelta, se debe hacer la labor que hemos indicado al derecho y al revés, por consiguiente se labran dos vueltas (una aguja representa una vuelta) hácia un mismo lado, de derecha á izquierda. La vuelta siguiente, que es la 26, se ejecuta con la lana negra, siguiendo las reglas establecidas, pero se hace al revés el punto con el echado.

27.^a vuelta. — Se vuelve la labor (lana violeta), se labra el dibujo al revés.

28.^a vuelta. — Sobre el mismo lado, pero al derecho, con la lana negra.

29.^a vuelta. — Lana violeta. Se vuelve la labor, se hace el dibujo al derecho. Cuando se han labrado 40 vueltas en todo, se principia la punta del pecho, hecha segun el dibujo explicado, pero contraponiéndolo. Se separan los puntos de la espalda de los del pecho; debe haber 82 de ellos para la espalda y 44 para cada delantero, luego se hace el dibujo al derecho sobre los 11 primeros puntos (delantero de la izquierda); el 11.^o punto ha de ser un punto y un echado, por consiguiente una lista violeta, despues de la cual se principia la nesga sobre los 13 puntos siguientes, que se cruzan para contra-

poner las listas; se deja intacto el mas próximo punto negro, se toma el punto siguiente con el echado, se hace un echado, luego se levanta el anterior negro de modo que este se encuentre de-



ristas negras; á cada lado de la vena principal un rayo blanco y nudos blancos. Por fuera del paño empleado para este fondo y las aplicaciones, se ejecuta toda la labor con seda. Se toma una sola hebra de ella, que se destuerce para los puntos de escarpin, dos hebras para los rayos, y tres para las cadenetas, cuatro para los puntos de nudillos, siete ú ocho para el ruló atravesado de puntos amarillos (estos se ejecutan con tres hebras) que orla la gran rosácea del centro. — Nada hay mas bello, mas rico y mas variado que estas labores en aplicacion de paño sobre paño; nada hay mas fácil de hacer; ni que se ejecute mas rápidamente; la persona menos experimentada puede terminar este cogin en ocho dias á lo mas.

Chaqueta sin mangas (punto de aguja).

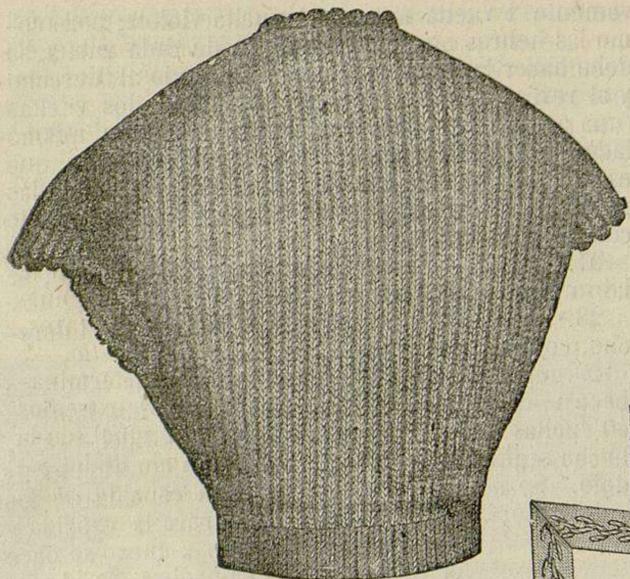
MATERIALES. — 64 gramos de lana céfiro negra; 76 gramos de la misma lana violeta; cordón elástico; una hebilla de acero; nueve botones negros de asta.

Esta chaqueta se labra con lana negra y lana violeta, de modo que por una cara de la labor las listas sean negras, y por la otra violeta; se abotona por delante, se cierra con una hebilla, y en fin dos cintas elásticas se pasan por su borde inferior.

COGIN, ESCABEL Ó ASIENTO DE SILLA, APLICACION DE PAÑO SOBRE PAÑO.

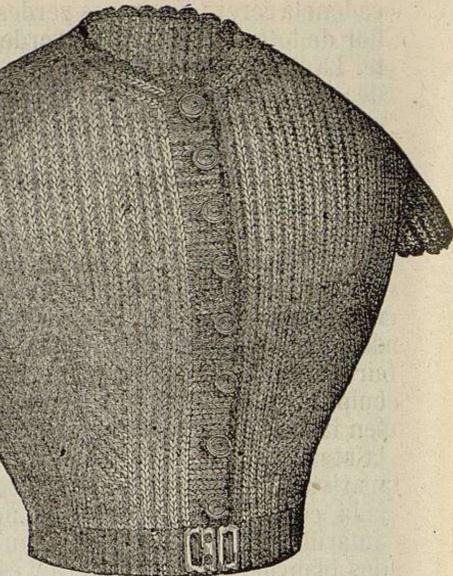
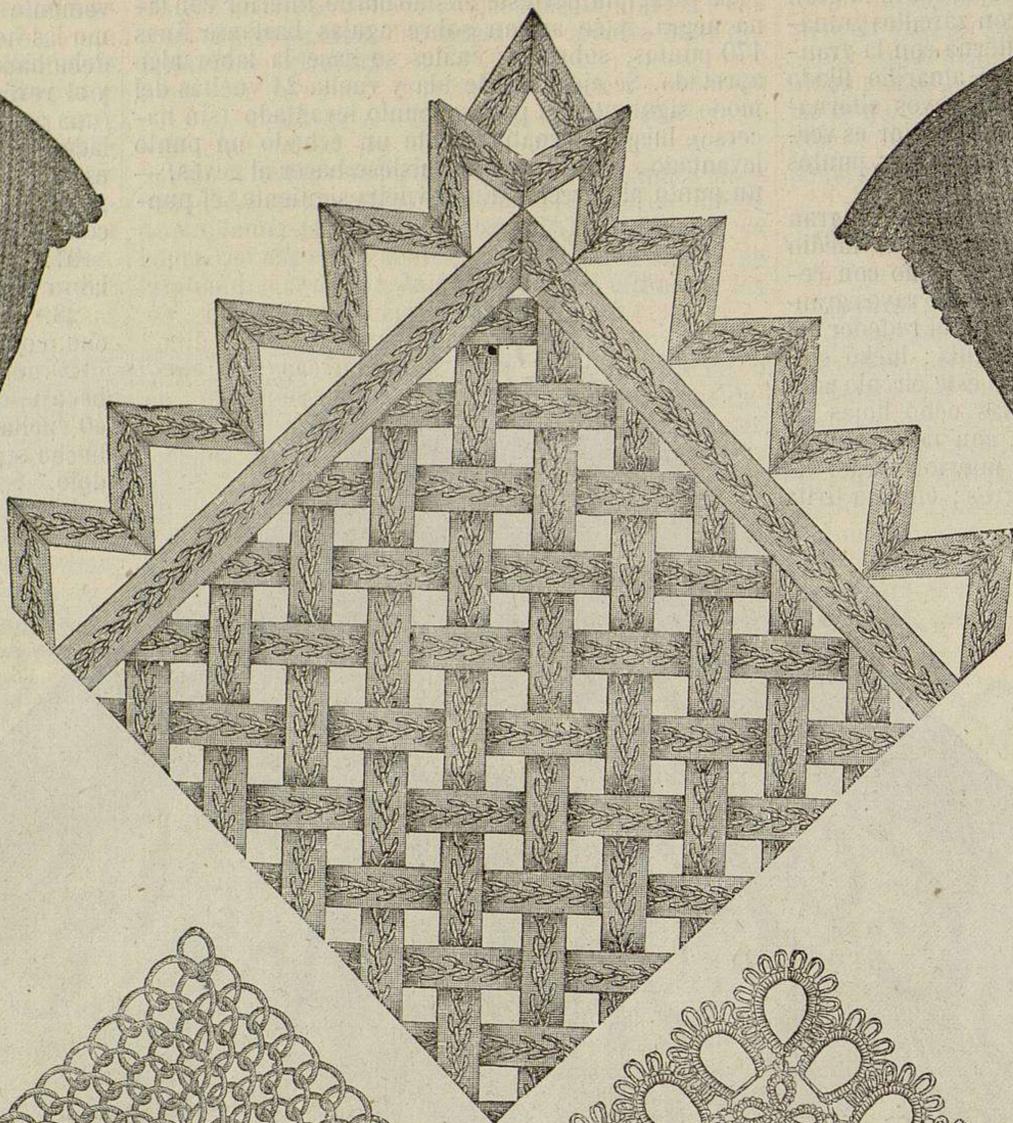
to levantado se hace con el echado, juntos y al derecho; el punto hecho al derecho va precedido de un echado y luego levantado sin hacerse. En la vuelta 25 se ata la lana violeta, y se hace una vuelta como las anteriores; se ejecutan en seguida alternati-

trás del punto que se acaba de describir; se repite otra vez este cruzamiento de puntos, es decir, que se hace el punto siguiente con el echado, se hace un echado, — se levanta el punto cruzado, luego los 2 siguientes puntos negros aislados. El punto y el echado que preceden al tercer punto negro aislado se hacen en seguida de modo que los puntos cruzados estén en sentido inverso. Los 3 puntos negros que en la vuelta siguiente se hacen juntos como un solo punto, representan el medio de la nesga, y se continúan en línea recta hasta su extremo. — El cruzamiento se verifica del mismo modo otras dos veces en esta vuelta, pero es el punto negro el que primeramente se levanta. Despues del 24.^o punto se hacen juntos el punto y el echado, luego se continúa el dibujo como se lleva indicado, hasta el otro delantero, en el cual la nesga principia antes del 24.^o punto, contando desde el último de la vuelta. En la vuelta siguiente (lana negra y dibujos al revés), despues del 11.^o punto, entre las dos listas violetas que se encuentran en este sitio, se toma el bulecillo negro de la vuelta anterior, y se le hace al revés, para reemplazar al punto que falta; además, los 3 puntos levantados de la vuelta anterior y el echado se hacen juntos como si fuera un solo punto. Esta agregacion del bulecillo se repite tambien en el otro lado de la nesga, entre las dos listas, y despues del mismo modo en la otra



CHAQUETA SIN MANGAS, VISTA POR DETRAS.

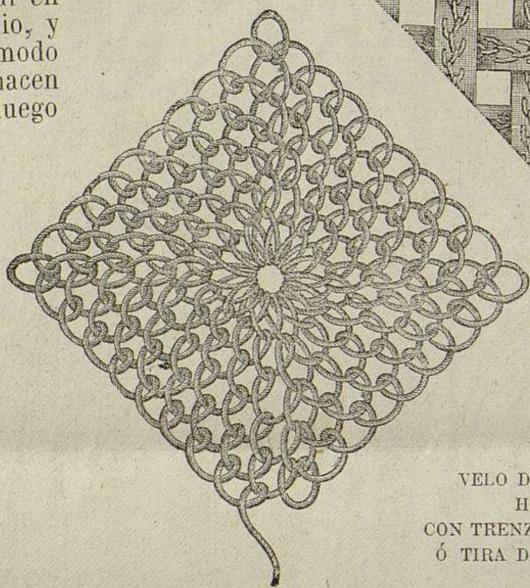
nesga. Se hacen en seguida 6 vueltas sin crecidos ni menguados. El cruzamiento de los puntos se renueva siempre despues de 7 vueltas de intervalo, por consiguiente siempre en el lado violeta, donde se hace el dibujo al derecho. En la 18.^a vuelta de la nesga, los 3 puntos del medio *no* se hacen juntos, sino cada uno por separado. En la vuelta 19.^a se toma entre los 3 puntos negros un bucecillo perpendicular en cada lado de la lista violeta del medio, y se hace este bucecillo al revés, de modo que se formen dos nuevas listas; se hacen 5 vueltas con el dibujo ordinario, luego una vuelta como la 41 de la labor (1.^a vuelta de la nesga). Los dibujos con crecido y sin él alternan; hay en todo 6 crecidos en la nesga; en las vueltas con crecido, se au-



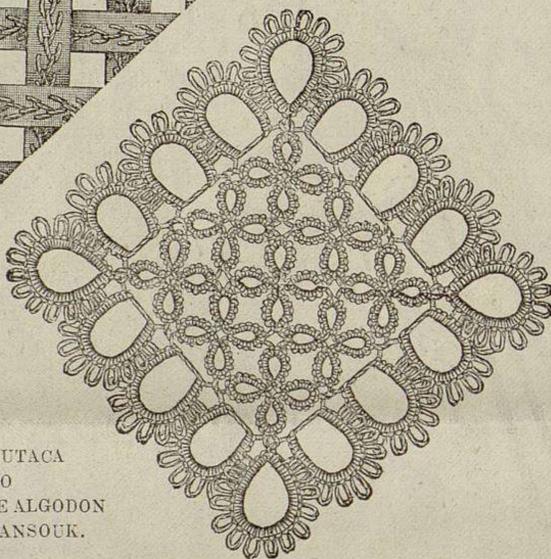
CHAQUETA SIN MANGAS (DELANTERO)

de formar la punta de la nesga; el primero y el último punto cruzado de la nesga deben encontrarse en su punta.

Se labra la espalda del mismo alto que los delanteros, luego á cada uno de estos se le añaden, para la punta del hombro, 44 nuevos puntos, y se hacen sobre todos los puntos primeramente 66 vueltas, terminando la nesga y menguando en cada 6.^a vuelta 2 puntos (una lista) despues del 5.^o punto y antes del 39.^a del hombro; para este menguado se hacen 3 puntos juntos; el menguado se verifica 11 veces en todo, de modo que las listas se encuentren á cada lado de la punta. Cuando se han empleado todos los puntos de la punta del hombro, se ha-



CENTRO DE UN TAPETILLO DE LAMPARA.

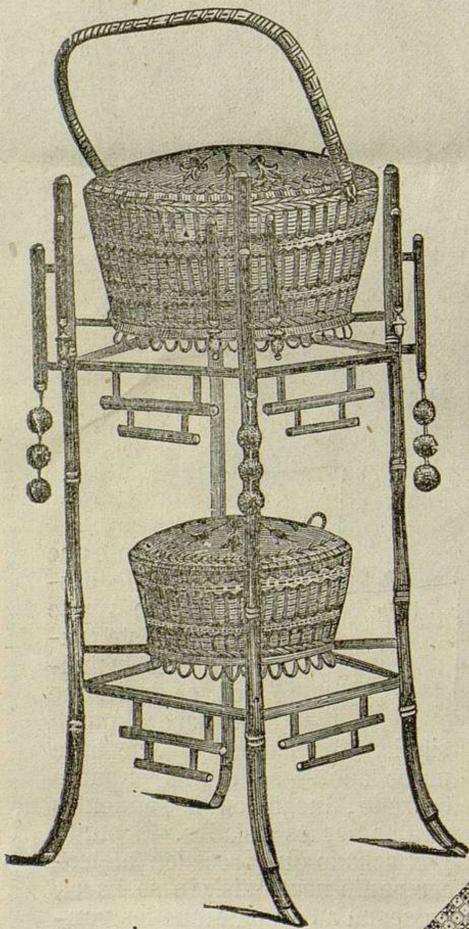


CUADRO DE FRIVOLITÉ.

VELO DE BUTACA HECHO CON TRENZA DE ALGODON Ó TIRA DE NANSOUK.

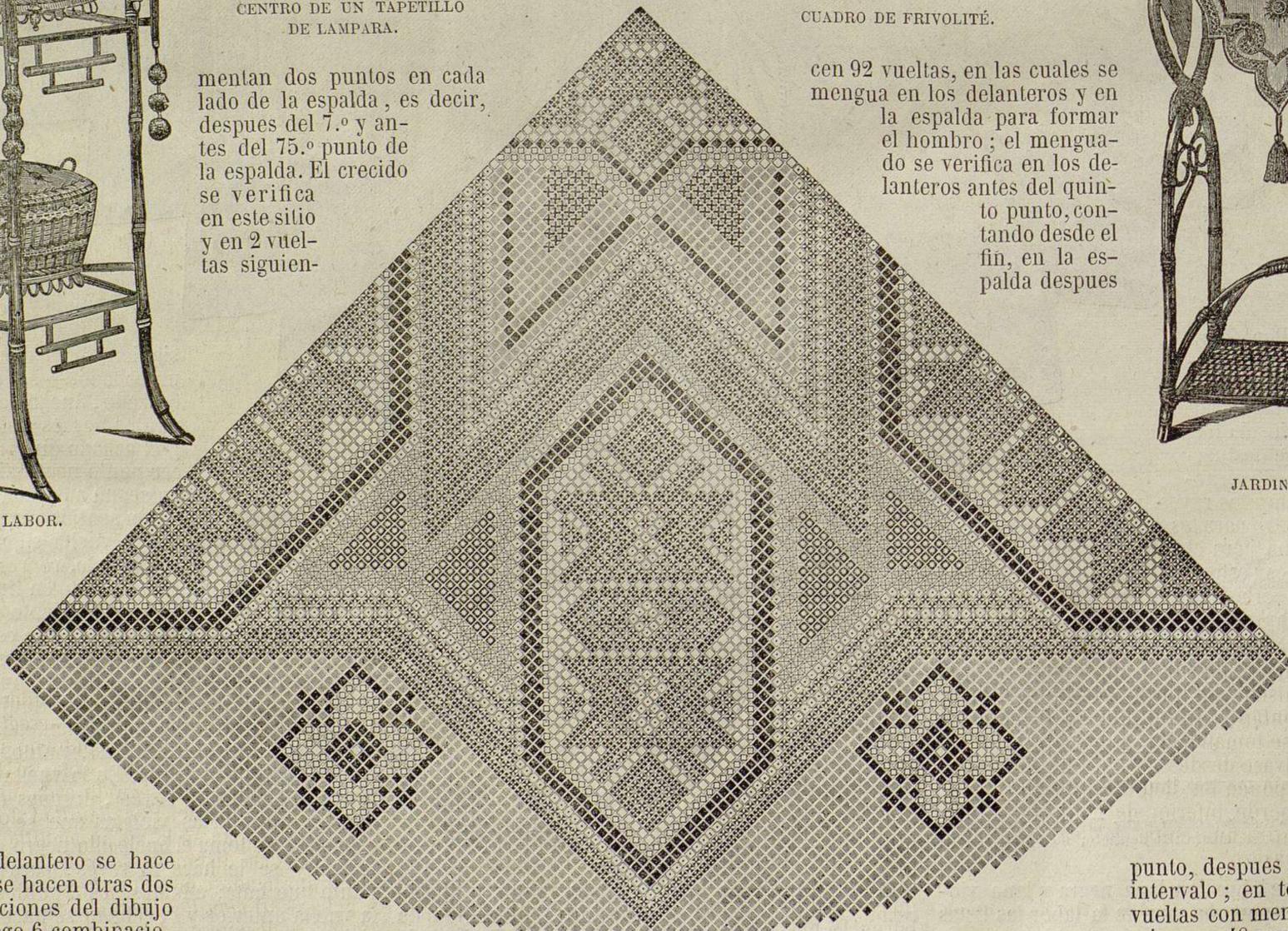
mentan dos puntos en cada lado de la espalda, es decir, despues del 7.^o y antes del 75.^o punto de la espalda. El crecido se verifica en este sitio y en 2 vueltas siguientes

cen 92 vueltas, en las cuales se mengua en los delanteros y en la espalda para formar el hombro; el menguado se verifica en los delanteros antes del quinto punto, contando desde el fin, en la espalda despues



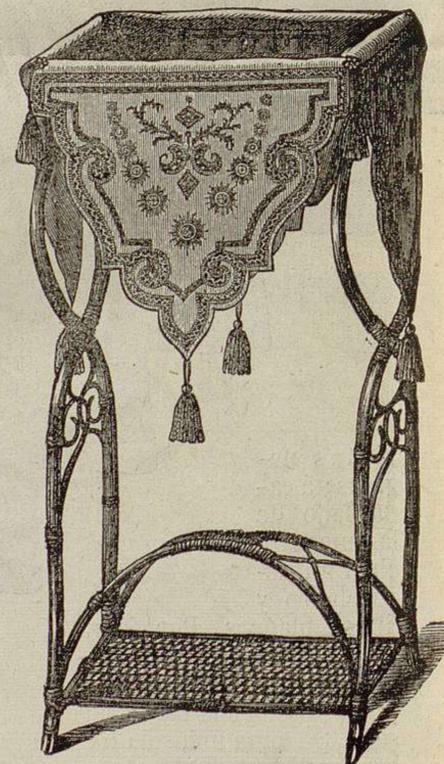
CESTA PARA LABOR.

tes, á fin de que las listas, que son su consecuencia se marquen en ámbos lados de la chaqueta. Despues de la 6.^a vuelta con crecido (la nesga ha de tener 12 combinaciones del dibujo), cada delantero se hace por separado; se hacen otras dos de las combinaciones del dibujo sin crecido, luego 6 combinaciones para las cuales, en cada primera vuelta, se retrasa en un punto el cruzamiento de punto, á fin



DIBUJO DE TAPICERIA PARA COGIN REDONDO, TABURETE DE PIANO, ETC.

■ Punzó. * Granate. ■ Negro. □ Blanco. □ Verde claro. □ Verde oscuro. □ Azul. □ Castaño claro. □ Castaño medio. □ Castaño oscuro.



JARDINERA DE JUNCO.

del 4.^o punto, contando desde el fin, de modo que la espalda y los delanteros están separados por 9 puntos que forman hasta el escote una tira recta. En los delanteros se mengua una vez un punto, despues de 2 vueltas de intervalo; en todo, en las 26 vueltas con menguado, se disminuyen 40 puntos. En la espalda, se menguan en todo 30 puntos, es decir, que se menguan 2 puntos en cada 6.^a vuel-

tas. Además, se produce un menguado, desde la 60 vuelta, en los bordes de los delanteros, para formar el escote, es decir, que despues de 5 puntos, contando desde el borde de cada delantero, se menguan 2 puntos (una lista) en cada 3.^a vuelta; los 5 puntos que confinan con el escote se desmontan juntos con los 5 puntos del hombro; se desmontan (flojos) los puntos de la espalda, se levantan los puntos de orilla por delante, y se hace con el dibujo ordinario una tira de 24 vueltas, empleando la lana negra; en ella se forman los ojales. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan, en la cual se abren y festonean los ojales, cogiendo tambien la labor de aguja. En el borde superior y las sisas de la chaqueta, se labran las puntas siguientes con la lana negra.

Sobre los puntos de orilla, levantados, se ejecutan 4 vueltas, en las cuales se hace alternativamen-

nadas con puntos de espina hechos con seda negra; será mas cómodo ejecutarla con trenzas de algodón, pero las tiras son mas bellas. La orla es igual al fondo; una tira ó trenza, dispuesta en puntas ó dientes, va unida á esta orla.

Se doblan las tiras de modo que los dos lados largos se unan por el medio, luego se vuelve á doblar cada tira por su mitad; se ejecuta el bordado, despues se toma un pedazo de carton del tamaño que se necesite para el velo; se indica en cada extremo, por una raya hecha con lápiz, el intervalo que separa dos tiras; se ejecuta el enrejado entrelazando estas tiras segun la disposicion indicada en el dibujo; en los puntos de union se fija en cada tira encima ó debajo de la tira á la que cruza. Se rodea todo ello con una tira recta puesta doble; la de encima se adorna con puntos de espina, y á ella se une la tira dispuesta en festones.

clecillo, pero en cada 4.^o (esquina) se hacen 2; el número de estos aumenta en cuatro á cada vuelta y el crecido se verifica siempre en los mismos sitios, es decir, en el bulecillo de cada esquina.

Se rodea este tapetillo con un rizado hecho de trenza de lana de color vivo.

Cuadro de frivolité.

Este cuadro se compone primeramente de nueve cruces dispuestas tres á tres, en tres filas, y reunidas por los piquillos. Cada cruz es de cuatro brazos, contando cada uno 7 dobles nudos, — 1 piquillo, — 7 dobles nudos. Cuando los 4 brazos están terminados se corta la hebra, y se anudan los dos extremos de la labor. Se hace una segunda cruz igual, en la que se suprimen el primero y el segundo de los piquillos, se la liga con los últimos de la cruz anterior,



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tela de lana gris, con trenzas anchas y estrechas de seda negra.
Trage de tafetan violeta, con bandas de terciopelo negro y flecos por ambos lados; cinta de terciopelo negro figurando faldetas; flecos y borlas.

Trage de raso, color de pasa de Corinto, con galones mas oscuros figurando un segundo trage y faldetas; todo ello guarnecido de fleco de igual color.

te un punto al derecho y uno al revés; luego se ensarta en una aguja de tapicería una hebra bastante larga (la hebra misma con que se trabaja, y sin cortarla), * se desmontan 3 puntos juntos, se pasa por ellos la hebra, y se toman sobre esta los dos puntos siguientes.—Vuélvase desde *.

Por último, se ponen los botones, una tira de tafetan debajo del borde inferior de la chaqueta, y en cada lado de esta tira una cinta elástica, á la que se une la hebilla de acero.

Velo de butaca de trenza de algodón ó tira de nansouk.

Esta labor se compone de trenzas de algodón ó de tiras de nansouk, puestas cuádruples al hilo y adorna-

Este género de labor puede tambien servir para mantel de tocador, poniéndolo sobre un trasparente de percalina ó de tafetan rosa.

Centro de un tapetillo de lámpara.

Se ejecuta este tapetillo con bramante ó cordon muy fino, limitándose á hacer bulecillos de festón; se hará mas ó menos grande, segun se quiera.

Se principia por el medio, haciendo con el cordon una argolla de 3/4 de centimetro de diámetro, que se fija por algunos puntos; sobre esta argolla se hacen 16 bulecillos de feston; se trabaja en seguida por vueltas, que se hacen en redondo; se forman en las vueltas siguientes un bulecillo en cada bu-

luego se hace una tercera cruz ligada con la segunda del mismo modo.

A esta fila de tres cruces se añaden otras tres por cada lado, disponiéndolas con arreglo á las indicaciones del dibujo. Para el contorno se ata la hebra al primer piquillo de la 1.^a cruz, se hacen 4 dobles nudos, — 13 piquillos seguido cada uno de 2 dobles nudos, y despues del 13.^o piquillo 4 dobles nudos. Se aprieta esta fila, se la ata al piquillo de la 1.^a cruz, luego á corta distancia, se hacen: + 4 dobles nudos, el último ligado con el último piquillo de la anterior argolla, — 10 piquillos, seguido cada uno de 2 dobles nudos; y despues del 10.^o piquillo, 4 dobles nudos; se aprieta esta curva dejando solamente una corta línea de union, se ata la curva al mas próximo pi-

quillo que reúne dos cruces. Se vuelve 2 veces desde t, y así se continúa hasta rodear el cuadro (véase el dibujo).

Canastilla de labor.

Las cubiertas de las dos canastillas se adornan con un pedazo redondo de paño con aplicación de paño, para el cual se podrá utilizar el dibujo de la misma especie que se encuentra en este mismo número.— Para la cubierta de la canastilla más pequeña, se ejecutará solamente la rosácea del centro.

Jardinera de junco.

Esta jardinera se guarnece con un lambrequin de aplicación de paño sobre paño. Próximamente publicaremos dibujos que podrán emplearse para este uso.

Dibujo de tapicería para taburete ó cugin.

Representa la cuarta parte de un taburete ó de un cugin de bellissimo efecto; su destino servirá de regla para el grueso del caneva.

LUCIANA.

CUENTO.

I.

Luciana era una bellísima niña de diez y siete años. Su padre al morir le había legado por única herencia unos pobres muebles, algunos buenos consejos, y un nombre sin mancha.

El carácter de Luciana era dulce y risueño.

A sus labios asomaba continuamente una melancólica sonrisa, pero nunca la ruidosa hilaridad de las almas vulgares.

Era morena, pálida, de grandes y rasgados ojos negros y cabellos del mismo color.

Su estatura era esbelta, graciosa. Sus modales los de una gran señora. Luciana no había sido siempre una pobre costurera.

En su infancia se habían abierto ante ella las puertas de los más nobles salones del gran mundo.

Su educación la habían dirigido los mejores maestros del más afamado colegio de París.

De Luciana era de quien las directoras recibían los mejores regalos, y ella era entre todas las pensionistas, la que tenía mejores joyas, más bonitos juguetes y la que se llevaba los mejores premios en los exámenes.

Un día, como de costumbre, su padre fué á verla.

Pero aquel día recogió las joyas y ropa de la jóven; hizo que diese un abrazo á sus condiscípulas y directoras y se la llevó á España.

Poco tiempo después, habitaban en una casa de modesta apariencia en uno de los barrios más apartados de Madrid.

Vivieron decentemente algún tiempo; pero un día su padre la tomó en sus brazos y la dijo con los ojos bañados en llanto.

—Hija de mi alma, sabes cuanto te amo, y sabes también que mi más grande, mi único anhelo es verte feliz, como le ofrecí á tu pobre madre cuando estaba en la agonía: comprenderás, hija mía, cuán doloroso será para mí verte carecer de lo necesario; pero desgracias de familia nos han sumido en la miseria; somos pobres, y es preciso trabajar.

—Trabajemos, papá mio. ¿Y por esto te apuras? la verdad yo me fastidiaba de estar todo el día sin hacer nada.

Y Luciana sonrió dulcemente, enjugando con sus pequeñas manos las lágrimas que se deslizaban por el honrado rostro del anciano.

Al día siguiente se ocupaba con agilidad y maestría en bordar unas bonitas tapas para un álbum, de terciopelo y oro.

Su padre cerca de ella y teniendo delante una mesita de nogal, copiaba antiguos manuscritos que le había dado un abogado.

Pero el trabajo era mucho y la ganancia poca.

Algún tiempo después murió el anciano.

Luciana lo lloró como toda buena hija y pasó muchas noches en vela, para poderle comprar un nicho y una corona de siemprevivas, con su miserable ganancia.

Luego prosiguió sus faenas acostumbradas.

Ya no le quedaban vestidos ni alhajas; en la enfermedad de su padre lo había vendido todo.

Los mejores muebles también se habían vendido.

Llegó un día que se empeoró la situación de Luciana. Era domingo. Subía de prisa por la calle de la Montera para volver al trabajo.

Cuando llegó á la tienda le faltaba un almohadon de terciopelo en el que había bordado una corona.

Creyó que lo habría dejado en su casa y tomando el dinero de la semana, volvió tan ligera como le permitían sus pequeños pies.

Antes de subir pagó algunas deudas que tenía.

Solo le quedaron 40 reales.

En vano buscó por sus tres reducidas habitaciones; el bordado no parecía.

—¿Lo habré perdido por la calle? pensó tristemente;

no tengo más remedio que comprar una vara de terciopelo y un poco de oro, y esta tarde bordaré uno nuevo; mañana lo llevo y no lo notarán; ¿pero y dinero? con los 40 reales que tengo apenas bastan para el oro, voy á avisar á la mujer que me compró los muebles que se lleve los que me quedan y que me dé lo que quiera por ellos.

Luego exhaló un suspiro y se resignó.

Luciana era un ángel.

Se puso otra vez la usada mantilla y cerrando la puerta del sotabanco, se volvió á marchar.

Al llegar á la calle del Carmen la detuvo un grupo de jente. En medio había una señora desmayada. Su traje era pobre, pero limpio. Su fisonomía noble y distinguida. En su rostro pálido y en los ojos rodeados de un círculo azulado se leía el sufrimiento.

Todos la miraban, pero ninguno le prestaba auxilio.

Los ojos de Luciana se llenaron de lágrimas.

La señora empezaba á volver en sí. Luciana hizo una señal á un cochero, que á la sazón pasaba por allí, para que acercase el carruaje, y tendiendo la mano á la señora, le ayudó á levantar y entrar en el coche.

—Calle de Silva, número 49, dijo al cochero, y añadió dirigiéndose á la señora. Iremos á casa y cuando V. se halle bien la acompañaré á donde guste.

La señora inclinó la cabeza en señal de asentimiento y dejándola deslizar, la apoyó sobre el hombro de Luciana quedando aletargada.

Así llegaron á su casa.

Con bastante trabajo la pudieron subir á la pobre habitación de la jóven y acostarla en su blanco lecho.

Dió diez reales al cochero y lo despidió.

Solo le quedaban treinta.

Luciana en su ardiente caridad olvidaba que apenas tenía lo justo para comer y que era preciso comprar lo que había perdido.

Pero su padre le había dicho al morir.

—Hija mía, lo más santo, lo más bello de la tierra es la caridad. Da la mitad de tus ropas al desnudo, la mitad de tu pan al hambriento. Dios lo vé y lo premia.

Y Luciana tenía grabadas en el corazón las débiles palabras del moribundo.

Aquel bellissimo ángel de resignación, no sufría por sus propias penas, sino por las de sus semejantes.

Había perdido á su madre cuando era muy niña y la adoraba como se adora una cosa desconocida.

Cuando vió á aquella señora desmayada se apoderó de su corazón una agonía profunda.

La enferma empezaba á volver en sí.

Luciana se inclinó hácia ella y le dió un beso en la frente, preguntándole con cariño:

—¿Se halla V. mejor?

—Gracias, hija mía, dijo haciendo un esfuerzo para levantarse, ya estoy bien.

—Todavía no. Está V. muy pálida. ¿Sufre V. alguna enfermedad?

La interpelada se ruborizó.

—Señorita Luciana, murmuró la portera al oído de la jóven; su desmayo lo ha causado la debilidad, el hambre.

—¡El hambre, exclamó Luciana dolorosamente dejando correr sus lágrimas. ¡Dios mio! ¡el hambre!

Aquella noble criatura no pensaba que su único caudal eran treinta reales, los que aun no le bastaban para pagar el rico almohadon que había perdido.

Luego dirigiéndose á la señora que se preparaba para marchar, le dijo dulcemente:

—Cuando V. guste la acompañaré á su casa.

Una hora después se encontraban en una pobre bohardilla. Un jóven bello, en medio de su estremada palidez, estaba acostado en un miserable jergon.

—Es mi hijo, dijo la señora con ternura besándolo en la frente.

—Madre mía, exclamó el jóven, ¡cuánto sufro! mi pecho se abrasa; dame agua, mucha agua.

—Hijo de mi alma, dijo la desdichada madre, esta jóven... Y sus ojos se volvieron hácia la puerta en donde creía hallar á Luciana; pero con gran sorpresa suya la jóven no estaba allí.

Se dirigió á la puerta por ver si la esperaba fuera, no atreviéndose á entrar, pero se detuvo súbitamente al ver encima de una vieja mesa treinta reales, sobre los cuales habían caído dos gruesas y cristalinas lágrimas.

¡Benditas y santas lágrimas que sois el ardiente rocío que baña la purísima flor de la caridad!

II.

Cerca de un año había transcurrido cuando volvemos á encontrar á nuestra bellissima Luciana.

Los pocos muebles que tenía habían sido vendidos, para pagar con su producto el almohadon que perdió.

En la tienda no le habían querido dar más trabajo.

El alegre y modesto cuarto piso que habitaba se había trocado en una pobre bohardilla.

El único adorno de sus blanqueadas paredes eran una estampa de la Purísima y el retrato de su padre.

Los únicos muebles eran un catre con un colchon y dos sábanas remendadas; pero blancas como la nieve; una mesa de pino, dos sillas de Vitoria y en la ventana dos macetas de barro, ostentando, la una, una hermosa mata de siemprevivas, cargada de verdes hojas y dorados botones, y la otra un rosal blanco que principiaba á abrir sus capullos acariciado por un tibio rayo de sol.

Luciana no podía comprar coronas para adornar la sepultura de su padre, pero se las tegía con sus blancas manos de las flores de su ventana.

Sus mejillas estaban más pálidas que de costumbre, el brillo de sus ojos más apagado.

Luciana hacía dos días que apenas había comido.

Y apesar de esto su alma no había perdido la santa resignación que la adornaba.

El día que la presentamos á nuestros lectores era una fría pero hermosa mañana de Marzo.

El primer rayo que se desprendía del sol, penetraba al través de los vidrios de su ventana, posándose dulcemente en su morena cabeza.

Sus manos no podían trabajar de prisa porque las entorpecía el frío.

Su talle flexible estaba cubierto únicamente por un viejo vestido de percal, que había sido negro pero que era pardo á fuerza de lavarlos y su morena y torneada garganta no tenía otro abrigo que un pañuelo de seda carmesí, que de tanto usarlo parecía de gasa.

Apesar de su pobreza, Luciana siempre estaba contenta. Jamás se borraba de sus labios una dulce sonrisa.

—Ya estoy concluyendo mi trabajo, pensó, ¿y fuerza? Me falta la luz de los ojos ¡Dios mio, qué hacer?

Luego se levantó pensando que bebería agua y con esto engañaría su estómago algunos minutos, pero agua tampoco había.

En Madrid cuesta seis cuartos una cuba.

Para Luciana era mucho. A veces había de trabajar algunas horas para poderlos ganar.

Se volvió á sentar y tomó el trabajo con más ahinco.

Cuando lo concluyó lo envolvió en un pañuelo, se puso una vieja mantilla, y cerrando la puerta se puso más bien corriendo, que andando á bajar la escalera.

—Dios mio, señorita Luciana, dijo la portera al verla, ¡qué pálida está V. hoy! ¿Está V. enferma?

—No, María, gracias, estoy bien; contestó la jóven que apesar de su buen carácter y de su pobreza era orgullosa y no quería que comprendiesen lo que padecía y emprendió á buen paso el camino de la tienda que le daban trabajo.

Pero entonces ganaba menos.

Bordaba en blanco, cosa que no podía hacer de noche y que había de estar primoroso.

Cuando llegó la hicieron esperar una hora.

Ya no podía tenerse de pié, la debilidad la mataba.

Por fin la pagaron.

Luciana emprendió el camino de su casa.

Al lado hay una lechería, pensó, tomaré leche y pan.

Subió volando los seis pisos de su bohardilla, tomó un pequeño jarro y una blanca servilleta y volvió á bajar.

—Póngame V. un vaso de leche, dijo á una vieja que estaba en la puerta; y le entregó el jarro.

La mujer entró con toda la cachaza del que ha comido bien y le vació un vaso de leche tibia y espesa.

—Tome V., dijo alargando el brazo.

Luciana metió la mano en el bolsillo y palideció más de lo que estaba.

Luego se puso á mirar á la vieja con los ojos de una loca.

—¡Me han robado! exclamó con un grito de angustia imposible de definir. ¡Dios mio, me han robado! Y balanceándose como una ébria cayó sobre la helada escarcha de la acera.

III.

Si quieres seguirme, lectora mía, te conduciré al hospital. A este sagrado asilo en donde el desdichado encuentra un lecho donde reposar y una cariñosa mano que alivie sus penas.

En una gran sala rodeada de camas de hierro, cubiertas con sábanas y almohadas blancas como la nieve es en donde volvemos á encontrar á Luciana.

El día antes al ver que le habían robado su único recurso, cayó privada de sentido y la condujeron á una casa de socorro desde allí, habiendo declarado los médicos que era un fuerte ataque cerebral unido á una estremada debilidad, la trasladaron al hospital.

Su rostro estaba como la grana y su respiración era anhelosa; no conocía á nadie y en su delirio solo pronunciaba el nombre de su padre.

La puerta de la sala se abrió pausadamente y una monja de la caridad seguida de una señora y un jóven entraron.

—¿Tiene V. muchos enfermos en esta sala; sor María? preguntó la señora en voz baja.

—Solo hay dos, señora Condesa, desde que V. E. tiene la caridad de darles recursos para que puedan volver al seno de su familia, son muy pocos los desgraciados que tenemos.

—El número 1 lo veo ocupado, ¿quién hay en él?

—¡Ah, señora! murmuró la monja, es bien digna de compasión. Una pobre y honrada jóven, de muy buena familia que ha trabajado mientras ha podido y que por fin la encontraron tendida en la calle á causa de la debilidad.

Al oír esto la señora se estremeció y miró al jóven.

—Vamos, exclamó este, quiero verla y acercándose al lecho de Luciana, madre mía, dijo, mira que criatura tan bella.

La condesa se inclinó y al mirar el hermoso y dolorido rostro de la jóven, dió un grito.

—Dios mio, murmuró al oído de su hijo, es ella, la que me cojió el día que estaba desmayada y que te salvó la vida dándonos recursos para comprar las medicinas que el médico había ordenado. Corra V., dijo á la monja que miraba atónita esta escena sin comprender nada; tráigame V. los mejores médicos; de prisa, esta jóven me interesa como si fuera mi hija.

Una hora después se había trasladado la cama de Luciana á una habitación separada y la condesa y su hijo eran los enfermeros.

A fuerza de ciencia y de cuidado un día el médico declaró que estaba fuera de peligro.

Aquel día fué uno de los mas felices para la condesa y su hijo Carlos.

Cuando la jóven volvió en sí, miró en torno suyo no acertando á comprender en donde se hallaba.

La admiración fué mayor al encontrarse en brazos de la condesa que la miraba con la ternura de una madre y á Carlos que la miraba con ternura tambien pero muy distinta.

Creó que deliraba todavía y volviendo á cerrar los ojos se quedó dormida.

Un poco de tiempo despues ya estaba restablecida.

IV.

En una hermosa mañana de Mayo tres personas se hallaban reunidas en un elegante gabinete de uno de los mas sencillos pero bonitos palacios de Recoletos.

Una de ellas era Luciana.

Pero Luciana bellísima apesar de su palidez, no yá con el pobre vestido de percal sino con una elegante bata de cachemir blanco y sujetas las gruesas trenzas de su negrísimo cabello con una lindísima aguja de oro.

Miraba á la condesa con agradecimiento y de vez en cuando fijaba sus ojos en Carlos, en los que se leía un amor profundo, que en vano procuraba ocultar reconcentrándolo en su alma.

—Señora, exclamó por fin, haciendo un penoso esfuerzo y dirigiéndose á la condesa; siempre me dice V. que me explicará el misterio del porqué estoy yo aquí, pero nunca me lo dice. Yo solo recuerdo que caí privada de sentido en la calle, y nada mas, luego he despertado del sueño en que me hallaba sumida, encontrándome rodeada de mil cuidados, del tierno cariño de V. y de la honradad de Carlos.

La jóven calló ruborizándose. Los grandes y rasgados ojos negros del jóven hablan tanto en aquel instante que no la dejaron continuar.

—Se lo voy á V. á decir, hija mia, dijo la condesa cogiéndole una mano, pues comprendo que vuestra delicadeza sufre con mi silencio. Recuerda V. hace un año que recogió V. una señora desmayada, prodigándole mil cuidados, luego la acompañó V. á su pobre bohardilla en la que habia un enfermo? Pues esa señora era yo, el enfermo Carlos.

Luciana se sonrió con aire de duda y sus ojos se fijaron en los ricos muebles que decoraban la estancia.

—Desgracias de familia y algunos pleitos nos habian sumido en la miseria. Murió el pariente que era causa de todas nuestras desgracias dejándonos el inmenso caudal que tan ilegalmente nos habia quitado. Esta es la causa de que nos vea V. en tan distinta posicion de la que nos vio V. en otro tiempo. Para que se convenza y se desvanezcan sus dudas, sígame V.

La condesa se levantó seguida de Luciana, haciéndole cruzar multitud de ricas habitaciones. Por fin se detuvieron ante la pequeña puerta de un cuarto.

La condesa lo abrió, y al mirar su interior Luciana ahogó un grito.

En aquel cuarto solo entraba luz por una triste ventana de bohardilla; sus muebles eran un viejo jergon, dos sillas rotas, y una pequeña mesa, encima de ella treinta reales y sobre ellos y lanzando mil chispas como para cubrir la pobreza de aquel sitio, dos gruesos brillantes.

Luciana se ruborizó avergonzada de haber dado una tan pequeña limosna á tan gran señora.

—Todo lo he averiguado, hija mia; dijo la condesa, sé que V. por favorecernos á nosotros se privó de su único recurso y que en parte esta es la culpa de todas sus desgracias; pero ahora no se separará V. mas de nosotros.

—Oh! señora... dijo Luciana no atreviéndose á continuar y en su interior pensó; soy pobre, pero tengo mucho orgullo para admitir algo que no sea ganado por mi trabajo.

—Comprendo su delicadeza y lo alabo, pero le pido á V. en nombre de su padre la felicidad de mi hijo: Carlos la ama á V. ¿Quiere V. ser su esposa?

Luciana prorumpió en sollozos y exclamó arrojándose en brazos de la condesa:

—¡Madre mia!!!

Dos meses despues se celebró la boda de Luciana y Carlos.

Los pobres muebles de Luciana fueron trasladados á una pequeña habitacion del palacio en donde vivian los jóvenes con la condesa.

Se amaron siempre y cuando tuvieron hijos lo primero que les enseñaron á balbucear en su infantil language fueron sublimes y santas máximas sobre la caridad.

VICTORINA FERRER SALDAÑA DE CORROUS.

EL SOL Y LA NUBECILLA.

A LA INSPIRADA POETISA Y DISTINGUIDA ESCRITORA

Sra. D.^a Faustina Saez de Melgar.

Era una mañana hermosa de dias primaverales, de esos que la clara fuente con sus murmurios suaves, con sus aromas las flores y con sus cantos las aves, al sol que en oriente asoma se afanan por saludarle. En el claro firmamento se hallaba el astro brillante, cuando parda nubecilla

quiso su brillo eclipsarle. Ya pretendiendo altanera inútilmente elevarse, ya poniendo bulliciosa su negra sombra delante, á el claro sol sus destellos quiso la nube quitarle. Entonces el astro-Rey aun cuando ofendido afable, entre las brumas penetra de aquel globo vacilante y su mirada de fuego la parda nube deshace. Muy pronto el astro lucía en un cielo rutilante, donde con sus nuevas glorias aun parecia mas grande. Así es amiga la envidia que con la virtud combate, nube que la empaña un dia y que no puede eclipsarle; porque la virtud es astro que la negra bruma abate, para luego mas hermoso hasta los cielos alzarse. Tú eres el sol cuyos rayos por todo el mundo repartes, ofreciendo á nuestro espíritu dulce consuelo inefable. Tú eres el astro luciente de cuya lumbrera sale ese manantial bellísimo de poesía inagotable; ese raudal de armonía, esos preciosos cantares que leyéndoles el alma anhela hasta tí elevarse. Tú eres ese sol, Señora, que entre lúcidos celages para dar vida á la tierra ya por el oriente nace. Bendígate el cielo, amiga, bendígate el ser que hace que tu inspiracion se vista con pensamientos de Ángel. ¡Ah! no temas que la envidia nunca consiga eclipsarte! que es el sol de tu talento astro tan puro y brillante, que si osara hasta tu altura la torpe envidia elevarse, como nube vaporosa que tu mirada deshace, llorando líquidas perlas diera sus quejas al aire, mientras el sol de tu ingenio veria radiante alzarse.

AGUSTIN SARTORIO.

EL SUICIDIO.

UNA LECCION Á LOS TONTOS.

I.

Figuraos lectores míos, que Inocencio era un jóven á quien venia su nombre tan de perilla, que confirmaba sin él saberlo los menores actos de su existencia.

Era honrado, hasta llamarle sus amigos hombre de bien; crédulo hasta la ceguera.

Fiel á su palabra hasta dejarse matar por ella.

Y capaz de amar hasta el punto de morir en aras de amor.

Ya veis que en el siglo XIX estas son una porcion de tonterías, capaces de dar á un jóven, no el dictado de *inocente*, sino el de *pobre hombre tambien*.

Es lo cierto, que Inocencio se enamoró hasta los tuétanos de una muchacha coqueta en extremo, de un diablillo con faldas, tan disimulado como hermoso, que tenía tan pronto las lágrimas en los párpados, como la sonrisa en la encantadora boca, sin que sintiese por ello alegría ni tristeza alguna.

Tan bien supo fingir sus amores á Inocencio, que este creyó que le amaba con locura, y soñó unos amantes de Teruel, un Macías y una Elvira, ó cosa por el estilo, así es que juraron ambos unirse, ó morir el uno por el otro si preciso fuese ó si tratáran de separarlos.

Lineta, que tal se llamaba aquella traviesa muchacha, hizo juramentos, que ni los de doña Leonor á su Trovador Manrique. ¡Es tan grato amar novelescamente!

Y luego, Lineta entonces no tenía novio, y era preciso tenerlo, para que rabiasen las otras muchachas.

Por lo tanto, el primer mártir que cayó fué aceptado y el pobre Inocencio se enamoró perdidamente y creyó á su adorado tormento, con mas perfecciones que una Lucrecia, ó una Susana, y mas constante que Atala huyendo y muriendo por su amante en el desierto.

Pero ella, ni dejó sus mañitas volubles por eso, ni pudo dejar de lanzar miradas como fósforos encendidos á todo el buen mozo que la decia bella, ni perdió la esperanza de elegir cosa mejor que el pánfilo de su novio, el dia que quisiera casarse.

Este dia llegó, pues la pícaro casualidad hizo que Lineta conociese en el Teatro á cierto personaje de posicion, que enamorado de su belleza y sin andarse en rodeos, la

pidió á su padre con toda formalidad.

La niña, entretanto que su pretendiente hablaba con los padres, se asomó al balcon, vió que su nuevo futuro habia venido en carruaje, que este carruaje era propio y elegante.

Que traia lacayos, no vestidos como mozos de meson, sino con limpia y nuevecita librea, y dijo para sí llena de orgullo. — ¡Este es el novio que me conviene!

Cuando la llamaron para saber su parecer, dijo que sí por tres veces, haciendo que se ponía colorada de rubor.

El novio aristócrata se fué mas ufano que Cortés cuando quemó las naves, y empezó á enviar regalos á su pimpollo, que ella recibió, poniéndoselos mil veces frente á su espejo, para asegurarse que la sentaban muy bien.

En seguida tomó la pluma y escribió á Inocencio.

—¡Me sacrifican, amor mio! Unos padres tiranos disponen de mí! ¡Huye de este país y no vuelvas á verme! ¡Pronto descenderé al sepulcro y terminará mi odioso himeneo.

Entretanto, huye, y ruega por esta desgraciada que tanto te amó!—

La niña que nada tenía de lerda no firmó la carta y hasta desfiguró la letra; pero para que no quedase duda á su amante que era de ella se la echó con su hilito por el balcon mas alto de la casa, haciendo á la vez que lloraba, y despidiendo á su doncel, con un blanco pañuelo que agitó en el viento, como las damas de los castillos hacian desde las almenas, con aquellos donceles aguerridos, que iban á partir para la guerra ó á empeñarse en algun torneo.

Despues, se guardó muy bien de volver á asomarse y el pobre Inocencio pasó días y dias rondándola para decirle que se moría de dolor sin que pudiese verla por arte ni por parte, pero ella bien le veía á él asomadita como un conejo á cualquier claraboya de la cortina, y decia riéndose con su doncella;

—¡Ese simplonazo, es capaz de estarse ahí, hasta que me vea salir en la carretela de mi esposo!

Lo cierto es, que empezaron á entrar los dones y los riquísimos azafates de dulces; porque al otro dia se celebraba la union y aun estaba Inocencio creido en que Lineta era una víctima de la barbarie de unos padres tiranos y crueles.

Mil veces estuvo tentado de atropellar los criados y lanzarse á la habitacion de aquellos tigres, padres de su amada; pero le detuvo el temor de buscarle á esta un pesar, que la hiciese morir en el acto.

—¡La sacrifican! ¡Malvados! ¡Cruelles! ¡Asesinos de la inocencia!— Estas eran las exclamaciones del infeliz amante, creyendo sin duda que estaba en la *edad media*, y que su amada era una niña sumisa, de aquellas que no se atrevían á alzar los ojos delante de los autores de sus dias.

El pobrecillo en su timidez, habia tratado pocas mujeres, y no sabia que las niñas de hoy, contestan á sus padres con toda resolucion. — ¡Lo quiero! y lo quiero por que sí!— y se quedan con los ojos mas abiertos que tazas, mirando si se les replica para contestar en tono mas fuerte. ¡Pues quiero, y requiero, sí señor!

Él se tragó la bola, como pez hambriento traga el anzuelo y no volvió á dormir una hora, ni á probar apenas el alimento, convencido en que debia morir, puesto que su amada moriría, al dar el sí á su rival, y el lecho de los desposorios seria una tumba.

II.

Llegó una noche en que se iluminó con régias arañas el salon de la casa de Lineta, y su alcoba nupcial con lámparas venecianas.

El jardin se puso hecho un ascua de oro de farolillos, y hasta los cuartos de los criados y los corredores estaban con tanta luz como á la una del dia.

Se dispuso un oratorio lleno de luces y de aromas y la niña se vistió como una palomita sin hiel, poniéndole sus mejores amigas la corona de azahar y el velo blanco de desposada.

Ella no hacia mas que pavonearse en frente de un espejo, y decia allá para sus adentros:

—¡Caramba, qué bonita estoy!

Despues se entretenia en mirar las ricas cajas de joyas que tenía sobre el tocador, exclamando interiormente. — ¡Qué hermosa iré á los festines donde me lleve mi esposo!

Y se probaba los aderezos y ceñía á sus brazos las pulseras, y enredaba cadenas á su garganta y abría el riquísimo reloj para ver si se aproximaba la hora, todo con la impaciencia del que no cree pueda realizarse tanta felicidad.

En tanto un bulto vagaba entre las sombras de la noche, vestido de negro, con el cabello desgreñado, la corbata sin nudo, el levisac flotando á merced del viento, y todo su continente hecho una pena amarga.

En la oscuridad brillaban sus ojos desencajados, y rodaban por su rostro abundantes lágrimas.

—¡La sacrifican! ¡La sacrifican! era su grito desgarrador.

Y unas veces andando despacio, y otras pillando en cuatro zancajadas la calle de Lineta, aquel personaje de tragedia, suspiraba, gemía, y daba sollozos y quejas al viento.

Por último, despues de ver llegar muchos convidados, unos á pié y otros en carruaje, vió bajar de una carretela, al novio y un Sacerdote.

—¡Esa union no puede verificarse!— Iba á exclamar interponiéndose entre el ministro del Señor y el esposo feliz, mas al lanzarse ciego hácia ellos, dió un fuerte puchugazo con cierto pollo alegre y gracioso, muy amigo suyo; pero con tanto de travesura y malicia, como él tenía de inocencia y credulidad.

El elegante jóven, que venia á la boda y sabia además los amores de *aquel pobrete*, como él llamaba á su ro-

mántico y novelesco amigo, lanzó una estrepitosa carcajada y exclamó:

—¡Pareces un galancete de melodrama, chico!
Inocencio contestó delirando.— ¡La casan por fuerza, amigo mio! ¡la casan por fuerza!

Eduardo, que tal era el nombre del recién llegado, volvió á reír con mas estrépito aun.

Inocencio no estaba para comprender aquella risa y creyendo que era un arranque sarcástico exclamó.

—¡Ries amargamente! ¡Tienes razon; pero yo voy á morir y ella tambien me seguirá á la tumba!

—Decididamente, estás loco, dijo Eduardo sacudiendo el brazo de su amigo.

—¡Loco! ¡Sí! ¡Loco! murmuró este; pero en breve desaparecerá mi locura. ¡Ella vá á morir y yo debo seguirla!

—Y el desventurado Inocencio echó á correr por aquellas calles, que le nacian alas, mientras Eduardo volvía á reír, internándose en el portal de la casa de la novia.

III.

Cuando llegó al gran salon donde se recibian los convidados, buscó el elegante con bastante interés á Lineta, figurándose que sufriria y que no seria indiferente á aquel desgraciado amante que deseaba morir é iba á aquellas horas pegando porrazos en las esquinas casi perdido el juicio, y deseando encontrar quien le quitase del mundo, mejor que conformarse á la idea de perder la amada de su corazon.

Aunque Eduardo tomaba como una comedia las escenas amorosas, no pudo menos de sentir en su corazon cierto desasosiego, á vista del dolor de su amigo y cual se sentia tentado de acercarse al oido de Lineta, apenas saliese al salon, pálida y cadavérica, y decirla con toda la energia de su alma.

—¡Señora! aun es tiempo ¡No os sacrifiqueis, ni lo sacrifiqueis á él tampoco!...

Pero esto no pudo ser, porque nuestro jóven enmudeció, cuando vió salir á la novia, rodeada de amigas que reian alegremente, brillando en sus ojos la felicidad.

Lineta estaba animosa, alegre. Su color era sonrosado, sus labios tenian el encendido del coral, su pecho respiraba con esa satisfaccion que produce la dicha y se miraba furtivamente, tranquila y orgullosa, en los grandes espejos adornados de bugias.

Eduardo se indignó al verla, y sus lábios palidieron visiblemente; sin embargo, hizo cuanto pudo por ocultar aquella desagradable impresion y acercándose á la novia procuró convencerse, si era real aquel estado de satisfaccion, ó si fingía, por ventura.

Pero la descarnada realidad se presentó á sus ojos de una manera terrible, y sus ojos miraron con desden y menosprecio, á aquella mujer de quince años, poco mas, ya con el corazon metalizado, estéril y frio.

Quiso huir del salon, hastiado de un mundo, cuyos umbrales apenas habia cruzado, y ya le inspiraba tedio y desesperacion; pero recordando su sistema de reír en vez de llorar, lanzó una carcajada, no sabemos si burlesca ó nerviosa; y cogiendo el brazo de su amigo empezó á pasear, mirando de vez en cuando simuladamente á Lineta, para convenecerse mas y mas de su indiferencia y egoismo.

(Se concluirá.)

ROGELIA LEON.

YO QUIERO DARTE MAS.

—No tenemos hogar, amigo mio,
Y forzoso es andar
En invierno, en verano y en estío,
Vagando sin parar.

No tenemos hogar; la mala suerte
Siempre nos persiguió;
Pero sálvanos tú, que eres mas fuerte
Que tus hijos y yo.

Repara con cuidado; en ese espino
Que se mueve al rumor
De las brisas, y esparce en el camino
Hojas secas y flor;

Hay un nido que el pájaro del cielo
Acertó á fabricar,
En él duermen sus hijos sin recelo
Y él se posa á velar.

¿Porqué, te digo yó, no haces un nido
Como ese y me lo das?
Y tú sin vacilar me has respondi'do:
—"Yo quiero darte mas"

A la orilla del mar, media encubierta
Entre uveros en flor,
Se entrevé una cabaña y á la puerta
Sentado un pescador.

A los rayos brillantes y postreros
Del Sol primaveral,
Extendida la red en los uveros
Tiene puesta á secar.

A sus piés reclinada, canta ó reza
La esposa de su amor,
Y los hijos, besando su cabeza,
Le enjugan el sudor.

Si pequeño aquel nido te parece,
Que no me quieres dar,

Levantemos un chozo, así como ese,
A la orilla del mar.

Nuestros hijos se cansan; si quisieras
Pudieran reposar;
Pero siempre me dices:—"Si tú esperas,
Yo puedo darte más"—.

A la casa paterna hemos llegado;
Es media noche ya,
Y mis padres y hermanos me han llamado
Con voces de piedad:

—"Hija del alma, de la vida errante
Se han llagado tus piés,
Está triste y cubierto tu semblante
De mortal palidez."

"Llega y entra en calor si tienes frio,
Pues allí, de esperar,
Cansado estaba lugar vacío,
Al lado del hogar."

Y escuché las palabras que decian,
Pero me eché á llorar;
Señalando á mis hijos que venian
Cargados con mi aduar.

—"Padres y hermanos, vuestro hogar tranquilo
Me brindais con placer,
Y yo á mis hijos, ¡ay! no tengo asilo
Que les pueda ofrecer.—"

Y me has dicho:—"Mañana en el otero
Pobre choza tendrás;
Aunque todo mi ser dice: "Yo quiero,
Yo puedo darte mas"

(Bayamo.—Isla de Cuba.)

URSULA C. DE ESCANAVERINO.

Explicacion del figurin iluminado.

N.º 1.—Sombrero de terciopelo rosa, guarnecido con sesgos de raso rosa y con un fleco de cascabelillos de cuentas blancas; gran brida de terciopelo que atraviesa el sombrero y cruza por debajo de la barba; sobre esta brida, un cordón de enredadera de flores blancas.

N.º 2.—Sombrero de terciopelo azul con borde de raso blanco, sobre el cual corre un encage blanco bordado de cuentas y terminado por un fleco de marabús; sobre la frente un trenzado de terciopelo azul.

N.º 3.—Gorra de terciopelo negro con diadema bordada de oro y cuentas de azabache; gran pluma blanca tendida hácia atrás; gran velo de tul blanco con orla de encage negro, que cubre el cuello y los hombros.

N.º 4.—Sombrero de raso color moda, con sesgos de raso alternativamente blancos é iguales al sombrero; un encage ancho blanco cubre la castaña; bridas de cinta de raso blanco, adornadas con un follage de terciopelo moda.

N.º 5.—Sombrero de raso blanco, bordado de cuentas blancas, con fleco de marabús; bridas blancas de tul; al lado una rosa encarnada.

N.º 6.—Gorra de terciopelo color moda, para niña de 7 años; la copa va adornada con tres sesgos de terciopelo negro y tres rosas sin follage.

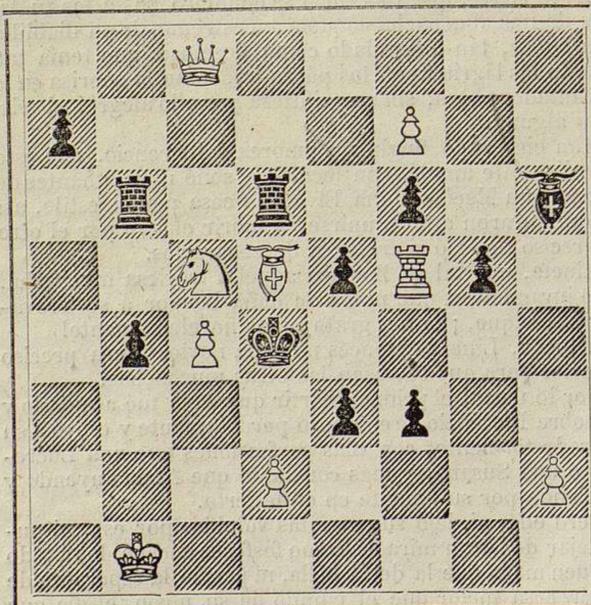
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 411.

Blancas.		Negras.	
1.ª A. 4.ª T.R.ª jaque.	R. 3.ª T.R.ª	Cualquiera.	
2.ª T. 7.ª C.R.	R. toma uno de los C.		
3.ª C. 8.ª C.R.ª jaque.	4.ª A. 4.ª R.ª ó 5.ª R.ª jaque-mate.		

PROBLEMA N.º 412, COMPUESTO POR CONRADO BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

ADVERTENCIAS.

A los Sres. suscritores de La Moda.

En el próximo número terminan los abonos hechos en 1867, lo que advertimos para que, los que piensen continuar en 1868, efectúen su renovacion, evitándose recibir con atraso el regalo que les corresponde y los números posteriores al 52.

Con dicho n.º daremos un doble figurin para vestidos de máscaras, cuyo costo nos ha sido excesivo, pero que, en nuestro deseo de corresponder á las deferencias que el público nos dispensa, hace que no repararemos en sacrificios de ningun género.

El índice y portada del tomo de este año tambien se acompañará con el inmediato número.

Con el patron de letras para marcas y cifras de todos tamaños y clases que repartimos hoy, creemos satisfacer los deseos de las señoras suscriptoras que nos lo tenian pedido.

EL ADMINISTRADOR.

A los Sres. suscritores en América.

En la presente semana quedarán servidas las primas correspondientes á 1868, para cuyo efecto hemos hecho las respectivas remesas á los Sres. Agentes.

Dichas primas deben llegar libres de gastos á manos de los señores suscritores, pues la Empresa los satisface todos.

Advertimos á los Sres. Suscritores, que en los puntos de América donde los cambios sobre Europa cuesten mas de pfs. 5 por cada Libra esterlina, ó de pfs. 1 por cada 5 francos, deben abonar la diferencia á los Sres. Agentes, puesto que la Empresa no puede admitir los reembolsos de otra manera.

Aos Senhores subscriptores de La Moda Elegante Ilustrada em Portugal.

A recente convenção postal entre Portugal e Hespanha, ainda que reduzio o preço da franquia de cartas, acrescentou-a d'um modo muito consideravel sobre os impressos, e especialmente sobre periodicos da natureza do presente. Como esta convenção comessou a vigorar no 1.º de Julho ultimo, a empresa de *La Moda Elegante Ilustrada* vio-se obrigada a sacrificar seus interesses não fazendo nenhuma alteraçao nos seus preços, nem exigindo augmento d'elles aos senhores subscriptores por ter anunciado estes eguaes ao de Hespanha; mas como o continuar por mais tempo seria prejuizo de grande consideração, a Empresa participa, ainda que com desgosto aos expressados senhores subscriptores que quizerem continuar recebendo o periodico desde o 1.º Janeiro de 1868, que terá um augmento de 15 % sobre os citados preços que se marcam para Hespanha, com o qual não cobre todavia a differença que tem de pagar pela franquia.

Cádiz 22 de Dezembro de 1867.

O Comissionado Gêral em Lisboa, O ILLMO. SR. LUIS CARDOSO GUEDES. Rua direita do Livramento, n.º 31,—1.º andar Lisboa.

ELLOS Y NOSOTROS.

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL,

POR

D. SABINO DE GOICOECHEA.

Este interesante libro consta de un tomo con mas de 300 páginas, de correcta y esmerada impresion en excelente papel. Comprende los episodios siguientes:

- 1.º LA ACCION DE GORBEA.
- 2.º LA BATALLA DE GUERNICA.
- 3.º LA BATALLA DE ARQUIJAS.
- 4.º DOLORES, verdadera leyenda euskara.
- 5.º SORPRESA DE DESCARGA.
- 6.º LA ACCION DE VITORIA.

Se vende á 10 rs. en Bilbao, librerías de Empeñe y de Astuy; en Vitoria, en la de Robles; en Madrid, de Lopez y en San Sebastian.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.